



LA MUERTE DEL PRESIDENTE ALLENDE: 30 años después*

Hermes H. Benítez
Universidad de Edmonton

"Hay muchas cosas que no
se saben [públicamente]
y que yo no voy a divulgar" **

Los resultados de una encuesta de opinión pública realizada entre el 25 de noviembre y el 30 de diciembre de año 2000, por investigadores de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica de Chile, con el fin de determinar y cuantificar la visión que los chilenos tenían hasta ese momento de la muerte de Allende y del golpe de estado de 1973, son altamente significativos: el 49,1 % de los encuestados manifestó no creer que el Presidente se hubiera suicidado en La Moneda, aquella tarde trágica, sino que habría sido muerto allí por los soldados que penetraron al segundo piso del viejo edificio por la puerta de Morandé 80; mientras que el 50.9 de los entrevistados cree que, efectivamente, Allende sí se suicidó en dicho lugar.

¿Cuáles podrán ser las causas profundas de que casi la mitad de los chilenos no crean, tres décadas después del golpe, en la versión oficial de la muerte del Presidente? No cabe duda que entre ellas habría que incluir, en primer término, la justificada desconfianza que un alto porcentaje de la población chilena siente hacia cualquier información suministrada por la dictadura, que mintió desde el primer momento de manera descarada y sistemática sobre su responsabilidad en la suerte y el paradero de miles de compatriotas "desaparecidos", y que aún sigue haciéndolo por boca de los actuales jefes de las FF.AA. Pero, curiosamente, esta desconfianza pública no afecta sólo a la información proveniente de los aparatos de propaganda, de encubrimiento, o "guerra psicológica", del régimen pinochetista, sino también a la información que fuera dada a conocer por los gobiernos "democráticos" posteriores.

De otro modo no se explicaría que después de casi 13 años de haberse realizado aquella operación político-publicitaria, conocida como "inhumación y reducción" de los restos del Presidente, posteriormente a la cual se realizó, el 4 de septiembre de 1990, el Funeral Oficial, y se propagó "Urbe et Orbi" la noticia de que Allende se había suicidado, todavía haya tantos chilenos que se resisten a aceptar dicha versión igualmente oficial. Esto hace necesario revisitar aquí, aunque sea brevemente, y examinar con mirada crítica, aquellos hechos.

Durante la segunda semana de septiembre de 1990, es decir, cuando ya se había realizado el "Funeral Oficial" el día 4, la revista política chilena "Análisis", hoy desaparecida, dio a conocer por medio de un "Informe Especial", cuyas conclusiones fueron de inmediato reproducidas casi textualmente por la prensa mundial, que Allende no había sido asesinado por miembros de las fuerzas militares que penetraron al Salón Independencia la tarde del 11 de septiembre, sino que éste se había suicidado con el fusil ametralladora que le obsequiara, con sus correspondiente dedicatoria, Fidel Castro. La oportunidad de estas tardías "revelaciones", no fue por cierto algo puramente casual, pues se las presentó como el resultado de las diligencias realizadas

* Este artículo es un anticipo y una brevísima exposición de algunos análisis y conclusiones del libro de Hermes H. Benítez (actualmente en proceso de redacción), titulado: "Las muertes del Presidente Allende. Una investigación documental", que debe ser publicado próximamente en Chile.

** Palabras del Comandante Sánchez, edecán aéreo de Allende, a Gonzalo Martínez Corbalá, Embajador de México en Chile durante el Gobierno Popular.(1998)



secretamente en el Cementerio Santa Inés, la medianoche del 17 de agosto. Es decir, de la así denominada operación de "exhumación y reducción de los restos" alojados en el mausoleo de la familia Grove, y de la ulterior "confirmación" de su identidad ^{1[1]}.

De acuerdo con la información recogida por la prensa, el doctor Arturo Jirón (médico de La Moneda y uno de los pocos que se encontraban cerca de Allende en sus últimos momentos), habría certificado allí mismo la "autenticidad" del cadáver del ex Presidente, o lo que quedaba de él, "en la primera oportunidad en que se abre la urna, desde que fue depositada en el Campo Santo de Viña del Mar en 1973 ^{2[2]}. Sin embargo no se divulgó ningún detalle, ni el tiempo que habría tomado este supuesto reconocimiento "in situ". No se requiere ser demasiado astuto, ni un experto en medicina forense, para darse cuenta de las dificultades que entrañaba el reconocimiento de un cuerpo que ha estado enterrado por largos 17 años. Es igualmente sospechoso que no se haya informado si los restos fueron sometidos a algún tipo de examen pericial (análisis óseo-dentales, de ADN, etc), con el fin de poder determinar tanto la identidad como la causa de la muerte.

En las líneas finales del referido artículo de "Análisis", su autor, el periodista Francisco Martorell, extrae las siguientes conclusiones de los hechos de esta misteriosa jornada: "el resultado de la exhumación y reducción de los restos del Presidente Allende, según ha trascendido, entre otras evidencias, demostró que el cadáver de quien fuera elegido Presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970, tenía un orificio en el cráneo que puede corresponder a un disparo de tipo suicida. Los que vieron los restos de Allende [¿quiénes?] y sumaron a ello los antecedentes [¿cuáles?] que tenían, están en condiciones de afirmar que Allende se quitó la vida"^{3[3]}

Es manifiesto que las afirmaciones de personas sin nombre, que se apoyarían en antecedentes que no se detallan, carecen del menor valor evidencial y no demuestran absolutamente nada, ni acerca de la muerte de Allende, ni respecto de la identidad del cuerpo enterrado secretamente 17 años antes en el Cementerio Santa Inés. A menos de que uno sea tan ingenuo que esté dispuesto a creer en las conclusiones de quienes "vieron los restos", quienquiera que ellos fueran, los que supuestamente habrían contado con ciertos misteriosos antecedentes, de los que tampoco se nos entrega la menor información.

He ahí una muestra del modo como la Concertación ha manejado la verdad histórica acerca de la muerte del Presidente Allende.

En realidad aquellas "revelaciones" sólo llegaron a producirse por obra de los requerimientos de la "Sancta Alianza" entre amplios sectores de la izquierda chilena y los antiguos enemigos del Presidente y de la UP,

es decir, el Partido Demócrata Cristiano. Ello le dio a estas revelaciones su singular carácter, e hizo que fuera necesario resolver, rápidamente, ciertos "unfinished bussineses" heredados del período dictatorial, conjuntamente con el sometimiento de la imagen y el legado de Allende a un proceso de reciclaje, con el fin de poner ambas al servicio de las exigencias políticas e ideológicas de los "nuevos tiempos" neoliberales. Entre los primeros se encontraba, antes que nada, la "cuestión irresuelta" de la verdad acerca de la muerte del líder popular y el entierro secreto de sus restos; y en segundo término, lo que se ha constituido en una verdadera "espina en el costado" de la democracia tutelada, la cuestión del atropello sistemático a los derechos humanos bajo la dictadura, y que hasta ahora se ha mostrado refractaria a toda "solución oficial".

Pero de lo que se trataba en este caso no era de llegar a establecer la verdad de los últimos momentos de Allende, consiguiendo así dar un cauce al duelo colectivo, sino mediante la realización de ciertos actos externos, oficiales y burocráticos, facilitar y acelerar el proceso de olvido, dar vuelta definitivamente esta página ensangrentada de nuestra historia, de modo de

^{1[1]}Según lo consigna la prensa de aquellos días, este proceso habría constado de seis partes: 1. (17 de agosto), exhumación y reducción de los restos del Presidente; 2. confirmación de su identidad; 3. (4 de septiembre), traslado de éstos a Santiago; 5. Funeral Oficial; y 6. entrega de un Acta Notarial, aquel mismo día, a la familia Allende Bussi.

^{2[2]}Revista "Análisis", Año XIII-No. 348, Francisco Martorell, "El Suicidio de Allende", pág. 32.

^{3[3]}Revista Citada, pág. 34.



que ya nadie se acuerde aquellos traumáticos hechos, o de los nombres de los principales responsables de los crímenes de la dictadura, ni de la brutal destrucción de la vieja democracia chilena; manipulación de la historia y de las conciencias necesaria para la legitimación y preservación en el tiempo de la actual democracia tutelada.

Puesto que el gobierno de Patricio Aylwin y sus aliados no fueron capaces de entregarnos más que este burdo simulacro de la verdad acerca de las efectivas circunstancias de la muerte del Presidente, ¿cómo podemos saber lo que realmente ocurrió aquella tarde del 11 de septiembre en "La Moneda?"

Contamos, por fortuna, con varios testimonios confiables y documentos fidedignos que nos permitirían afirmar que Allende se suicidó cerca de las dos de la tarde en el Salón Independencia, minutos antes de que ingresaran al recinto los efectivos militares al mando del general Javier Palacios. Sin embargo todos ellos están inevitablemente sujetos a interpretación, lo que puede hacer variar las conclusiones que de ellos se extraigan. En realidad la totalidad de las evidencias existentes se apoyan, en última instancia, en el relato del doctor Patricio Guijón, quien desde el pasillo que da al Salón Independencia, y en medio de la intensa humareda y el ensordecedor ruido de la balacera, ve alzarse el cuerpo de Allende por efecto del o de los disparos con los que se quita la vida. El médico corre a socorrer al Presidente, al que encuentra semi-tendido sobre un sillón de felpa roja (cuyo respaldo se apoya en el muro oriente del salón, frente al cual cuelga un gobelino), con la bóveda craneana volada, y con su fusil AKA 47 entre las piernas. Instintivamente le toma el pulso, y sin darse cuenta de la gravedad y posibles consecuencias de su acción, toma el arma y la deposita sobre las piernas del cuerpo sin vida. Posteriormente se sienta junto al Presidente muerto por un espacio de unos 10 minutos, hasta que ingresan al recinto los soldados de la Escuela de Infantería de San Bernardo, al mando del general Javier Palacios.

Interrogado por éste, Guijón le informa al general lo que él había visto y hecho allí, incluyendo su impensada interferencia en la escena de la muerte. Posteriormente, cerca de las cuatro y media de la tarde, se apersonan en el salón un equipo de detectives de la Brigada de Homicidios, llamados por el propio Palacios, quienes proceden a realizar un cuidadoso y completo peritaje, que incluye la toma de muestras, mediciones, recolección de evidencias físicas, 28 fotografías, 3 croquis, y el interrogatorio del doctor Guijón.

En algún momento, y por causas que sólo podemos suponer, los funcionarios de la B. H. son relevados por detectives de la Policía Técnica de Investigaciones. Estos, sin embargo, incorporan a su informe la totalidad de las observaciones y evidencias recogidas por la B.H., cuyo texto fuera finalmente dado a la luz pública en septiembre del 2000, es decir, 27 años después de haber sido redactado; gracias a la persistencia y el celo investigativo de la periodista chilena Mónica González, quien lo incluye como apéndice a su monumental libro titulado CHILE, LA CONJURA. Los mil y un días del golpe.

Para nuestros propósitos actuales, la parte más importante de este Informe, de sólo tres y media páginas de extensión, es el pasaje siguiente, del apartado 2.1.4., titulado "Proyectiles y Vainillas", que dice así: "El croquis No. 15.255 y foto S, señalan la posición en que los peritos ubicaron diversas vainillas y proyectiles. Además la foto R, muestra un cartucho para pistola.

No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del Señor General Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada."

Este pasaje del Informe de Investigaciones nos confronta con lo que constituye simultáneamente una importante revelación y un verdadero misterio. La revelación de la apropiación indebida, por parte de los golpistas, de varias piezas evidenciales, un cartucho de una pistola de calibre no especificado, vainillas y proyectiles igualmente indeterminados, así como el propio fusil ametralladora del Presidente. El misterio se refiere, por cierto, a los posibles motivos que pueden haber tenido los militares para requisar aquellos elementos. Pero quizás si lo más sorprendente sea aquí el hecho que los funcionarios de la Policía Civil hayan tenido el valor y el profesionalismo de dejar inequívocamente estampado en su informe esta flagrante interferencia castrense. Lo que por lo demás le da una gran credibilidad a la totalidad del



documento aquí examinado, porque muestra que a pesar de haberse encontrado sometidos a las presiones y circunstancias del día del golpe, los detectives consiguieron mantener un alto grado de objetividad científica e independencia de juicio en la realización de sus peritajes.

Creemos que existe una sola hipótesis que pudiera explicar esta interferencia castrense en el lugar de la muerte del Presidente, y así lo hemos tratado de demostrar "in extenso" en nuestro libro. La plantearé aquí del modo más breve que me ha sido posible: no cabe duda que Allende se suicidó, en esto la deducción del doctor Guijón fue correcta, al interpretar el súbito y violento alzamiento de su cuerpo como el momento en que éste se disparaba bajo la barbilla. Lo que el médico de La Moneda no pudo ver, porque se encontraba a una cierta distancia del Salón Independencia cuando se produce el disparo, fue el arma con la que Allende se dio muerte. Al ingresar en aquel recinto vio el fusil AKA 47 del Presidente entre sus piernas y asumió, a nuestro juicio erróneamente, que ésta era el arma suicida. Sin embargo, es perfectamente posible que el Presidente haya utilizado un arma corta para quitarse la vida. ¿No sería esta la misma pistola de cuyos cartuchos se apropiaron inexplicablemente los soldados golpistas al mando del general Palacios?

Notas sobrantes

La conmemoración de los treinta años del Golpe militar que derrocó salvajemente al gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende, constituye, sin duda, un hecho de especial significación histórica y humana para el pueblo chileno y para el mundo.

A pesar de los persistentes esfuerzos de los gobiernos concertacionistas, de la derecha y de los jefes de las FF.AA, por cubrir el pasado con un manto de olvido, por evadir sus responsabilidades morales y legales, por dar vuelta cuanto antes esta página ensangrentada de la Historia de Chile, por "reconciliar" a las víctimas con sus victimarios", como puede verse, tres décadas no han sido tiempo suficiente para ..

Resulta curioso constatar como en estas tres décadas, y por más esfuerzos que han hecho sus enemigos, y los continuadores y perfeccionadores del modelo socio-económico impuesto por la dictadura, Allende y su legado, han estado presentes, de un modo u otro, en la política y la sociedad chilenas.

Desde los primeros hasta los últimos días de su nefasto régimen, Pinochet debió luchar contra el fantasma del Presidente muerto, al que le temía como Claudio al espectro del padre de Hamlet, que vuelve desde el más allá a denunciar los crímenes y felonías cometidas contra su pueblo; de lo contrario no hubiera ordenado una autopsia innecesaria de sus restos, en la que sólo participaron médicos militares, y cuyos resultados nunca fueron hechos públicos; es el mismo temor paranoico que lo impulsa a enterrar secretamente en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar aquellos restos, en presencia de Hotensia Bussi, Laura Allende, tres sobrinos y el Comandante Sánchez, edecán aéreo de Allende, lugar donde ni siquiera se autorizó la postura de una placa recordatoria con su nombre. Cuando el silencio impuesto por la fuerza no era suficiente para mantener a raya el recuerdo del Presidente Mártir, se recurre a la calumnia y a la mentira periodística permanente acerca del verdadero carácter del gobierno de la Unidad Popular y de la personalidad y figura del Presidente; Cuando esto no conseguía inducir la amnesia colectiva acerca del líder y su conducta heroica en sus momentos finales, se recurrió a la falsificación en los textos escolares de la Historia reciente de Chile. De modo semejante, fue el recuerdo de Allende que hizo que el dictador postergara por más de cinco años el inicio de la reconstrucción del Palacio de la Moneda, que había querido que se quemara, y cuya puerta de Morandé 80 fue premeditadamente clausurada porque le recordaba todo el mundo, y especialmente al tirano, la heroica y digna resistencia final del Presidente y su muerte, etc., etc.

. Pero es altamente significativo que el hecho de la revelación de lo que constituye la verdad oficial acerca de la muerte de Allende, sólo llegó a producirse como consecuencia de la non-sancta alianza entre amplios sectores de la izquierda chilena, y los antiguos enemigos del Presidente y la UP, es decir el Partido Demócrata Cristiano. Ello le dio a estas revelaciones su



singular carácter, e hizo necesario que tuvieran que resolverse rápidamente ciertos "unfinished bussines", heredados del período dictatorial, junto con la necesidad de someter la imagen y legado de Allende a un proceso de "reciclaje", con el fin de poner ambas al servicio de los nuevos requerimientos políticos e ideológicos de la "izquierda" concertacionista. Entre los primeros se encontraba antes que nada, la "cuestión irresuelta" de la verdad acerca de la muerte del líder popular y el entierro secreto de sus restos; y en segundo término lo que ha constituido una verdadera "espinas en el costado" de la democracia tutelada: la cuestión del atropello sistemático de los derechos humanos durante los años de la dictadura, que, hasta ahora, se ha mostrado refractaria a toda "solución oficial".

"... de lo que se trataba en este caso no era de abrir una vía al proceso de duelo colectivo, sino mediante la realización de ciertos actos externos, oficiales y burocráticos, facilitar el olvido, tanto de aquellos terribles acontecimientos históricos, como de los nombres de los principales responsables de la brutal destrucción de la vieja democracia chilena. Manipulación de las conciencias y de la historia necesaria para la preservación, legitimación y proyección en el tiempo de la actual democracia tutelada chilena.

Los sucesores democráticos de la dictadura han empleado una tan simple como efectiva estrategia hacia aquellos porfiados fantasmas del pasado que se resisten a abandonar este mundo y la memoria de los vivos: Exorcizarlos mediante una suerte de veloz manipulación oficial, de modo de dejar atrás lo más rápidamente posible la muerte de Allende, sus funerales, las violaciones de los derechos humanos, etc. Esto es lo que Jocelyn-Holt denominaría como la táctica del entierro y olvido prematuro. ■
